

ACTO LITERARIO-MUSICAL.

No hace mucho tiempo, el benemérito Director i Fundador de la Casa del Patrocinio de San José, señor presbítero don Blas Cañas, pidió al "Círculo de Colaboradores de LA ESTRELLA DE CHILE" que se hiciera cargo de la organizacion de un Acto Literario-Musical que solemnizase la distribucion de premios de este año i el aniversario de la fundacion de aquel santo asilo contra la orfandad i la miseria.

El "Círculo de Colaboradores de LA ESTRELLA DE CHILE" acogió con entusiasmo tan honrosa proposicion. El "Círculo" deseaba manifestar de algun modo el alto aprecio i la sincera admiracion que, junto con la sociedad toda, profesa al sacerdote de insignes merecimientos que ha formado de la nada, puede decirse así, dos bienhechores asilos para las desgraciadas criaturas que, en la aurora de la vida, víctimas del dolor, desconocidas i despreciadas por el mundo, caminan a la perdicion de sus almas i de sus destinos. El "Círculo," núcleo de la juventud católica que cultiva las letras, no podia ménos de prestar toda su cooperacion a la benéfica obra relijiosa i social que simboliza la Casa del Patrocinio de San José.

El Acto Literario-Musical, cuyo éxito feliz es debido en gran parte a la laboriosidad e intelijencia de la comision del "Círculo" nombrada al efecto, se verificó el Domingo 15 del presente, dia que segun hemos dicho, es el aniversario de la fundacion de la Casa del Patrocinio.

El espacioso segundo patio del establecimiento se hallaba convertido en un vasto salon, sencilla i elegantemente adornado.

En un extremo se veian colocados los sillones preferentes de la presidencia. En el otro se levantaba el tablado en que debian pronunciarse los discursos.

Una concurrencia numerosísima de cuanto Santiago tiene de mas distinguido en ilustracion, en juventud, belleza i consideracion social, ocupaba completamente el recinto.

Presidia el acto el señor Vicario Jeneral del Arzobispado, prebendado doctor don Jorje Montes.

Hecha la distribucion de premios a los niños asilados, el señor don Abdon Cifuentes, miembro honorario del "Círculo," tomó la palabra para ofrecer el Acto al Director de la Casa del Patrocinio.

La presencia del señor Cifuentes fué saludada por los unánimes i calorosos aplausos del concurso, aplausos que interrumpian a cada instante la palabra tan elocuente como autorizada del orador.

El señor presbítero don Alejandro Larrain pronunció en seguida un notable discurso, en que con una vasta i profunda eru-

dicion demostró la futilidad i sinrazon del cargo de oscurantismo que a la Iglesia enrostra la mala fé de sus enemigos.

Esta interesante disertacion fué varias veces aplaudida.

El señor presbítero Rivéros desarrolló en su bello discurso el cuadro de los inmensos beneficios que la Iglesia en todo tiempo ha prestado a los desvalidos, llevando el consuelo al desgraciado, la ciencia al ignorante, el bien a la humanidad entera. El señor Rivéros recibió de la concurrencia merecidos aplausos.

Rafael B. Gumucio interesó vivamente con el fuego i la enerjía de su palabra siempre dispuesta a celebrar los triunfos i a defender los derechos del catolicismo, lo que arrancó repetidas muestras de aprobacion i de entusiasmo de parte del auditorio.

Ruperto Marchant Pereira, haciendo la apolojía de las órdenes relijiosas, se manifestó a la vez filósofo i poeta. Los aplausos que recojió fueron tan numerosos como merecidos.

De intento hemos dejado para este lugar las composiciones en verso.

En verdad, la magnificencia i el sentimiento poético brillaron en cada una de ellas, de tal modo que seria mui difícil adjudicar la palma. ¿Qué decir de los hermosísimos alejandrinos de Javier Vial S., en que se dan la mano la perfeccion de la forma i la belleza del fondo? ¿Qué decir del sentimiento, del estro brillante de Juan Zorrilla de San Martín? ¿Qué decir de la varonil i clásica inspiracion de Francisco Concha Castillo? Las repetidas i entusiastas salvadas de aplausos que interrumpian la declamacion a cada estrofa, son una prueba elocuente de sus indisputables méritos.

Sentimos que Enrique del Solar no pudiera declamar sus bellas décimas, por motivos de salud.

La parte musical estuvo a la altura de la parte literaria.

La señora Repetto cantó con la perfeccion i maestría que la distinguen. Sus acentos i su presencia arrancaron vivos aplausos.

La señorita Angeleri, que como la señora Repetto, habia tenido la amabilidad de contribuir al Acto con su valioso concurso, por inconvenientes imprevistos no pudo dar a la concurrencia el placer de escucharla.

El señor Morelli ejecutó primorosamente un precioso solo de violin, que fué mui aplaudido.

Los niños de la Casa del Patrocinio obsequiaron a la señora Repetto algunos ramilletes i una tarjeta, obsequiando tambien, en testimonio de gratitud, otras tarjetas a los artistas que la acompañaron.

Al concluir, damos las gracias mas sinceras a las personas que ejecutaron la parte musical del Acto, entre las cuales es digno de una preferente mencion el señor Celestino.

A continuacion encontrarán nuestros lectores los discursos i poesías a que nos hemos referido.

VICENTE AGUIRRE VÁRGAS.

DEDICATORIA DEL ACTO.

Señoras i Señores:

Una juventud consagrada noblemente al cultivo de las letras, os ha invitado a esta fiesta sencilla, para celebrar la prosperidad de esta obra que los afortunados admiran i que los pobres bendicen; i para rendir el homenaje de la gratitud pública a su fundador, a ese verdadero apóstol de la caridad, cuyo nombre no necesito recordar, porque está escrito con caractéres indelebles en el corazon de los desgraciados i de todos los que aman i respetan la virtud.

En estos tiempos en que la educacion del pueblo es el anhelo universal de los gobiernos, de los hombres públicos, de los filántropos, la caridad cristiana se injenia i multiplica para ir como siempre a la cabeza de la cruzada; i, si en otras partes educa a los favoritos de la suerte, aquí, con la ternura de una madre, co-bija i salva a un mismo tiempo de la ignorancia i de la miseria, a los desheredados de la fortuna.

Con 25 pesos en la caja, pero con el tesoro de la fé en el corazon, unos cuantos soldados de la Cruz, alentados por su jefe, modelo de sacerdotes, tuvieron la santa audacia de fundar este establecimiento, tarea tan inmensa por sus dificultades como por sus beneficios, i que ha llevado en todo el sello de las obras de Dios. El grano de mostaza de ayer, ya es hoi prodijiosamente el árbol donde hallan sombra protectora i alimento de vida para el alma i para el cuerpo, esas aves del cielo que se llaman los desvalidos.

La palabra del Evangelio se ha cumplido; la fé ha hecho su obra, i su obra es una marabilla. Porque en ninguna parte se alcanza mejor que aquí el verdadero objeto de la educacion, que consiste en hacer amable la virtud i odioso el vicio; porque en ninguna parte se enseña mejor que aquí a la vez con la leccion i con el ejemplo; i porque en ninguna parte fué la caridad mas elevada i mas completa.

Dar al pueblo pobre una instruccion modesta, pero aplicable a sus necesidades de trabajo; asilar al desvalido para educarlo, para restituirle su propia dignidad por medio de la virtud i del saber; darle aptitudes para escapar de la miseria, que siempre le toca de cerca i que parece ser su único patrimonio; convertir a los hijos de la orfandad en hombres de bien, en ciudadanos útiles, junto con ser una obra de dulce caridad, es una obra de la mas elevada perfeccion social.

Esto es lo que se hace aquí, i lo que se hace no por esos medios violentos que hieren sin corregir i avergüenzan sin enmendar. Aquí, el cumplimiento del deber no se impone por el miedo;

se inspira por el amor. El amor a Dios, que hace lijera toda carga i que purifica todos los otros amores de esta vida, ése es el gran maestro que aquí enseña i guia a los que hacen i a los que reciben los beneficios.

¡Bendecidos sean por la admiracion i por la gratitud públicas el sacerdote ejemplar i los humildes obreros que lo acompañan en tan difícil i santa tarea! Despues de los dias de trabajo, de fatigas i de tribulaciones secretas, justo es que les llegue tambien el dia de los aplausos públicos.

No importa que ellos tengan recompensas mejores; yo sé que las oraciones sencillas i puras de los niños son el perfume mas agradable que sube al trono de Dios, i que esas oraciones de los pobres agradecidos les tejerán una corona mas valiosa que todas las coronas.

En cuanto a vosotros, señores, que habeis querido acompañarnos a pagar este lijero tributo i a conceder este pequeño estímulo a la virtud, permitidme que os pida para esta obra algo mas que vuestro aplauso: vuestra cooperacion; permitidme que os repita lo que un filósofo eminente decia no ha mucho a sus contemporáneos.

Pensemos en el pueblo, si tenemos fé en el porvenir de las sociedades; pensemos en el pueblo, si tenemos algun deseo de reformar el mundo; enseñemos al pueblo a ser buen cristiano, i le habremos enseñado a ser feliz. ¡A la obra, filósofos, si no os estimula otra cosa que el egoismo i el orgullo! ¡A la obra, políticos, si vuestros trabajos de educacion pública no son puros embustes! ¡A la obra, vosotros los que sentís cada vez mas la carencia de las virtudes públicas i privadas! ¡A la obra todos los que teneis influencia sobre los demas hombres, vosotros en cuyas manos están el poder i la riqueza! ¡A la obra, jentes mundanas, si las falsas delicias os dejan tiempo de pensar en la caridad!

ABDON CIFUENTES.

EL CATOLICISMO I EL SABER.

Señoras i Señores:

La luz material salió del caos, apenas Dios pronunció estas palabras: *¡Hágase la luz!* La luz de las almas brotó tambien, cuando el Hijo de Dios pronunció estas otras palabras, no menos creadoras: *¡Id, enseñad a todas las naciones!*

Esa es la mision de la Iglesia. Sol de las intelijencias, ha sido i será la continuacion de la vida de Aquel que fué llamado *luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo*. Viajera divina, marcha junto con los hombres, iluminando la senda que ha de conducirlos a su último i glorioso fin. Cerrar los ojos a los rayos del sol, es condenarse a las tinieblas. Apartar los ojos de la luz bienhechora de esa hija de los cielos, es condenarse al error, cáos del alma, i perecer en eterna ruina; porque la Iglesia sola posee la doctrina de verdad.

La Iglesia hace mas que guiar. Al contacto de su luz, todo se embellece i cobra nueva vida. Apareció en el mundo, i el esclavo vió caer sus cadenas, la mitad del jénero humano recobró su dignidad i la infancia fué un objeto sagrado. Las instituciones del paganismo cayeron derribadas i la lei divina de la caridad rejeneró al mundo.

No soi yo el que debe haceros oír las grandes cosas realizadas en el mundo por la Iglesia. Es otro mi cometido. Se me pide que vengue a la Iglesia, que es luz, del ultraje que se la hace llamándola propagadora del oscurantismo; a la Iglesia, que en sus dogmas i en su moral es la síntesis de toda ciencia, de detener los progresos de la ciencia.

¡Noble i honroso encargo! Mas permitidme que os diga que, siempre que he meditado en esa suerte de ataques, preciso me ha sido llenarme de mucho espíritu de caridad, para no verlos inspirados por la peor mala fé. Concibo con dificultad la ignorancia en hechos históricos tan culminantes. Para no ver la accion civilizadora de la Iglesia i su afan por llevar a las intelijencias, no solo la luz de la fé, sino el amor a todas las ciencias i artes humanas, es necesario o hallarse dominado por la preocupacion mas grosera o no haber jamas abierto la historia.

¿En dónde estarian ellos, los que eso dicen de la Iglesia, en dónde sus artes, sus instituciones, su idioma i la civilizacion de que se enorgullecen, sin los esfuerzos de esa buena madre para sacar a sus antepasados de la barbárie, suavizar sus costumbres, iniciarlos en las artes útiles, domesticarlos por medio de sabias leyes i habituar sus ojos a la luz nueva que hacía brillar sobre ellos? Consúltese la historia, i especialmente la de los pueblos occidentales de Europa. ¿No se ve ahí a la Iglesia presidiendo a cuántas obras se emprenden para ilustrar a los hombres i dotarlas con reija munificencia? ¿No se contempla el suelo de Europa, aun hoi dia, apesar de la accion del tiempo i la accion de los hombres, mas destructora a veces que la del tiempo, cubierto de monumentos alzados, por el jenio tutelar de la Iglesia, al culto del saber i de la virtud? ¿No es ella la que ha hecho reflorar el gusto por los estudios i la emulacion por las letras divinas i humanas? ¿Quién, sino ella, salvó las ciencias del naufragio con que las amenazaba la inundacion de los bárbaros, abriéndoles un asilo en los claustros, i hoi mismo las preserva de la corrupcion,

comunicándoles *un perfume divino*, según la expresión de un gran filósofo? ¿Quién salvó el fuego sagrado de la civilización, expirante casi, en medio de esas tinieblas de los siglos medios? ¿Quién, en fin, sino la Iglesia, por la multitud de grandes hombres, formados por ella, ha llevado a tanta altura la gloria literaria de los pueblos que en el día se enorgullecen con el título de civilizados?

Confesemos, señores, que somos bien presuntuosos. ¡Recien llegados a la escena del mundo, nos imaginamos deudores a nosotros solamente de nuestra riqueza, porque todo lo hemos encontrado hecho i dispuesto desde largo tiempo atrás por un jenio bienhechor, cuando vinimos a tener posesion de la herencia! No pido jenerosidad ni reconocimiento a los que así atacan a la Iglesia, solo les pido justicia. Ya que la Iglesia os ha desatado la lengua, familiarizado vuestros ojos a la luz, llevado a vuestros oídos la palabra de verdad i abierto a vuestros pasos el camino de la ciencia, está bien, id de progreso en progreso, realizad grandes i nuevas conquistas; la Iglesia os aplaude i os bendice. Mas ¡no maldigais las entrañas que os llevaron, el seno que os alimentó i la mano que os sostuvo cuando, débiles, dabais los primeros pasos!

La Iglesia ha sentido cual nadie la sed de verdad. Ha comprendido i satisfecho en todos tiempos esa noble ambición del alma, de poseer la ciencia. Sus trabajos no se resentirán, por cierto, del ardor inquieto de los que declaman mas de lo que hacen; pero, animados de la sabiduría previsora de la reflexión i la madurez, que le son propias, llevarán hasta el fin de los siglos el carácter de todas las obras de la Iglesia, esencialmente liberales i eternas mientras dure el mundo.

Vedlo sino. Todavía se hallan en pié las escuelas i bibliotecas del antiguo mundo. La Iglesia acude a ellas para estudiar a Homero, i la lira del poeta ciego, pulsada por San Gregorio de Nacianzo, despertó para cantar al verdadero Dios himnos de una inspiración grande, noble i viril, modelos de la mas acabada poesía.

La Iglesia leyó a Platon, i produjo los hábiles trabajos de filosofía cristiana, debidos a las profundas investigaciones de San Justino i Atenágoras.

Recibió en Antioquía las lecciones de Libanio, en Roma las de Símmaco, en Aténas las de toda la tradición, i despues de haber sorprendido al pié de esas cátedras los secretos del arte antiguo, llamó a sus santuarios a San Basilio, San Ambrosio i San Crisóstomo, i nos mostró en ellos a los jenios de la elocuencia.

Resultado de esos trabajos fué la ciencia de la controversia, llevada a su apojeo por Orígenes i Tertuliano, i en que el mundo pueda admirar a dos hombres inmortales: San Jerónimo, poseedor de cuantos tesoros conoció la erudición sagrada i profana, i San Agustín, orador, filósofo, historiador, el último escritor en quien se resume el antiguo mundo que expira, i el primer pensador

en quien se anuncia todo el talento de la civilizacion moderna.

Así abrió la Iglesia sus escuelas; así conservó para el mundo, invadido por los bárbaros, el arte de pensar i de escribir; así tambien toda la ciencia que existia en los siglos a ella anteriores.

Hoi se la llama a cuentas; se le echa en rostro haber administrado mal el patrimonio del espíritu humano; se le acusa de ignorancia, de supersticion i fanatismo; se clama por emancipar a la ciencia i a la escuela de su tutela bienhechora.

Aceptado, respondo yo; interroguemos a la Iglesia acerca de lo que ha hecho durante quince siglos para instruir a la humanidad. ¿No ha llenado su mision debidamente? Decid, ¿qué ha dejado por hacer? ¿Se ha debilitado su celo un solo dia? ¿Ha ocultado algun libro? ¿Ha perdido una sola tradicion? ¿Ha dejado de formar un solo maestro o de abrir una sola escuela?

¿Le pedís celo? Un arzobispo, San Ambrosio, os da ejemplos de actividad infatigable, reclamando para sí el honor de enseñar las letras humanas, alegando por títulos los que la Iglesia se habia conquistado en la propagacion de las luces. San Remijio i San Isidoro disputan el privilejio de asignar maestros a escuelas que adquieren celebridad. Los fundadores de órdenes monásticas establecen en idéntica escala el deber de la enseñanza i el de la predicacion para sus alumnos. Concilios innumerables ordenan a los obispos abrir cátedras en sus diócesis i al clero que instruya a los fieles acerca de la necesidad de enviar a ellas a sus hijos. I ¿cómo no recordar las nobles palabras de Alejandro III, en un cánon del duodécimo concilio ecuménico, sancionado por él, por las cuales establece que por pretexto alguno deje de otorgarse gratuitamente la facultad de enseñar: “La ciencia de las letras es don de Dios; cada cual debe ser libre para prodigar su talento cuando lo quiera.” Ese mismo lenguaje se halla en los labios de todos los Papas, siempre que a la Iglesia fué necesario agujonear la indolencia o combatir la ignorancia de los pueblos. Todo lo que hoi se dice de sed de instruccion i de necesidad de saber, ya hace diez siglos lo habia dicho la Iglesia, no temiendo nunca abrir demasiados horizontes al espíritu ni excesivas manifestaciones a la luz. La Iglesia ha hecho siempre lucir la ciencia, como Dios hizo que luciera el sol, sobre los buenos i sobre los malos, haciendo sí pesar la responsabilidad sobre los que usan mal de la luz. Inspirada en la caridad, nunca ha impuesto la aceptacion servil de sus doctrinas; amante cual nadie de la libertad, jamas ha soñado con un odioso monopolio.

¿Qué mas pedis a la Iglesia? ¿Le pedis libros? Pero de cuantas obras escribió la antigüedad, ninguna hai que la Iglesia no haya copiado, transcrito i anotado. Para pasar del siglo de Augusto al de Leon X, calculad ¡cuántas veces esas obras han tenido que salvarse de la destruccion de los bárbaros i de las llamas de los musulmanes, por los padres de los primeros siglos, por los doctores de la Edad Media, por los monjes de diferentes paises i

los papas de todos los siglos! I entre los libros de los tiempos modernos, ¿existe uno siquiera que no deba a la Iglesia cuanto de buena doctrina, de sólida erudicion i de verdadero mérito se halla en él?

¿Tradiciones? Pues merced a la Iglesia ha podido trasmitirse desde Aristóteles i Ciceron hasta Bacon i Descartes el raciocinio filosófico. Merced a ella, la ciencia de Arquimédes i Euclídes pudo ser la de Pascal, la jeografía hizo progresos desde Strabon a Cristóbal Colon i se continúa la historia desde Tácito hasta Bossuet. La elocuencia, sepultada entre las ruinas del Agora i el Foro, muda en los campos de batalla i en las cortes, i desconocida en las asambleas populares, halló inmortales intérpretes en cada uno de los Apóstoles i un eco en todas las cátedras, hasta resonar con todo su esplendor bajo las bóvedas de los templos en el siglo XVII.

¿Maestros? ¿I quién puede llamar intérpretes indignos de la verdad i de la naturaleza al monje Alcuino, que difunde el conocimiento de las lenguas; al piadoso Hincmaro, que inmortaliza una escuela; al papa Jerberto, que rodea la tiara pontificia con todo el brillo de la ciencia de su época; a San Anselmo, tan profundamente iniciado en el conocimiento de Dios, i a esos hombres universales de la Edad Media, Alberto el Grande que lo enseñó todo i Tomas de Aquino que lo escribió todo, i en fin, a esos precursores de los descubrimientos modernos que, en el fondo de una oscura escuela, preparaban, entre la oracion i la enseñanza, los primeros análisis de la química? Viene el renacimiento, las cátedras se multiplican; pero ved a la Iglesia multiplicarse ella tambien para dotarlas de maestros. Hace nacer i desenvuelve la vocacion a la enseñanza, en los Mínimos, Barnabitas, Oratorianos i Jesuitas, en los cuales los antiguos hallan hábiles comentadores i la juventud apóstoles abnegados. I cuando los pobres hijos del pueblo se hallan faltos de maestros, el venerable Lasalle i San José de Calasanz imaginan los catequistas de la virtud por el hábito, i los ministros de la ciencia popular por la enseñanza, los Hermanos de la Doctrina i los de las Escuelas Pias.

¿Quereis escuelas? Interrogad quién ha erijido, dictado reglamentos i gobernado a esas universidades, tan numerosas i florecientes, cuyos protectores son los papas, cuyos maestros son los santos i cuyo auditorio es la cristiandad toda? ¿Quién ha levantado esos colejos, de que se enorgullecen hoy los pueblos de la antigua Europa? Su solidez asombra, su magnitud eclipsa los palacios de los monarcas; i la rejia magnificencia con que eran dotados probará hasta qué punto la Iglesia sabe interesarse por la propagacion del saber.

La historia nos habla de libros entregados a las llamas, de sabias tradiciones interrumpidas, de jeneraciones sin maestros, de universidades abolidas i colejos confiscados. ¿Quién ha perseguido así la ciencia? ¿Quién ha hecho tamaño mal a la enseñanza? Es

el discípulo del Coran, en los tiempos de Omar i de Mahomet II; es Enrique VIII, uno de los corifeos de la reforma; son las revoluciones que se alzan contra la Iglesia i las letras i han confundido siempre, en una misma proscripcion, las cátedras de la verdad i las escuelas de la caridad.

Nó, no separareis con facilidad lo que Dios i los siglos han tan estrechamente unido. La escuela sin la Iglesia es la luz envuelta entre tinieblas; la Iglesia sin la escuela es la luz encerrada en el templo.

Donde quiera que la Iglesia dilate su dominio, allí fundará escuelas; porque tiene la ambicion de enseñar las ciencias matemáticas, físicas i naturales, para referirlas a Dios, que es soberano autor de ellas; la filosofía, para preservarla de los horrores del materialismo i de los extravios del orgullo humano i hacerla aceptar el suave yugo de la fé; la historia, para salvarla de la conspiracion contra la verdad, que desde hace tres siglos ha elejido esa ciencia por campo de accion; ella reclama justísimos derechos sobre las letras griegas i latinas, porque el dia en que cayeron de los muros incendiados de Alejandría i de los muros derruidos de Constantinopla, los papas i los monjes las acogieron con amor, i la Iglesia las lee, las purifica i quiere trasmitirlas sin peligro a las inteligencias de la juventud. Tiene, ella tambien, otro deseo, mas humilde, pero mas vasto; el de iniciar a los niños i a los pobres en los elementos de las letras humanas, a fin de colocar a la cabeza del alfabeto el nombre de Dios i el signo sagrado de la redencion.

Mucho se ha hablado i se ha escrito en los últimos tiempos acerca de instruccion primaria, i, con justo orgullo podemos decirlo, mucho se ha hecho tambien, en materia de tanta importancia. La Iglesia alienta i bendice esos nobles propósitos, i en ello nada mas hace, que dar nuevas muestras del celo que siempre i en todas partes ha desplegado para tender una mano protectora a la debilidad i a la ignorancia. Ese espíritu se ha perpetuado en la Iglesia i son mui bellos los frutos que ha producido. Puedo afirmar con toda verdad que fué la Iglesia quien primero concibió la idea i echó los primeros cimientos de la escuela de enseñanza primaria. Los concilios quisieron que, en cada diócesis, hubiera una escuela al lado del obispo, i que uno de los mas altos dignatarios de cada iglesia se honrara con el cargo de velar por la instruccion de la niñez. Los pastores secundarios regulaban su conducta por aquel ejemplo en las diferentes situaciones en que su ministerio los colocaba; de manera que a cualquier lugar a donde la Iglesia asignaba un pastor, le daba en él un maestro para el pobre i para el niño. ¡ ese catecismo que desde los mas remotos tiempos enseña el párroco, ¿qué otra cosa es, sino un testimonio permanente del interes que anima a la Iglesia por la instruccion de la edad primera? Así, ántes que los lejisladores pensaran en darle maestros, ya la Iglesia habia satisfecho esa necesidad por

medio de una enseñanza constante, universal i tan sublime en su objeto, como popular en su forma; enseñanza modelo, esencial, fundamental i que ninguna otra puede suplir, no obstante poder ella suplir a cuantas a la niñez se puede dar; enseñanza, en fin, que, sin ser tan completa como los cursos de instruccion elemental i superior, no deja de satisfacer a las necesidades reales i perpetuas del hombre, porque nos procura los conocimientos que mas nos importa tener, ¡nuestro oríjen, nuestros deberes i nuestro destino!

I para reanimar su entusiasmo en bien de la infancia i de las clases desheredadas de la fortuna, si alguna vez pudiera entibiarse, la Iglesia no tendria mas que tender una mirada hácia el Evangelio, su código divino; porque es el Evangelio el que ha rehabilitado la infancia, así como al pobre i al menesteroso, de la humillacion en que habian caido; el Evangelio, el que ha dirigido la primera palabra de amor hácia esa porcion tan interesante de la raza humana. El pobre i el niño no se presentan, a los ojos del mundo, revestidos de un nuevo carácter, sino desde que Jesucristo pronuncia esas palabras, que nunca serán harto bendecidas: *¡Bienaventurados los pobres! . . . ¡Dejad a los niños venir a mí!* Las sociedades del paganismo abrian escuelas, pritaneos, gimnasios i academias, es cierto; pero solo para la juventud de sus altas clases, i excluian de ellas a la mujer. El hijo del pobre tenia que llorar la doble degradacion de su cuerpo i de su alma. Nadie pensó jamas en anunciarle *la buena nueva*. El niño, la mujer i el pobre, todo lo que era débil i sufría se encontraba olvidado por una sabiduría soberbia i brutal. A uno de sus sábios se le escapó una vez esta palabra: *Gran reverencia se debe al niño*; mas fué solo una palabra aislada, palabra sin eco i sin alcance alguno, porque estuvo desprovista de sancion. Jesus, Nuestro Señor, no desplegó aparato alguno de sentencias; inspiró a su Iglesia, en bien de la primera edad, un sentimiento tierno que puede llamarse un culto, con solo estas dulces palabras: *¡Cuidado con despreciar a uno solo de estos pequeñuelos que creen en mí! Los ángeles están siempre viendo en los cielos la faz de mi Padre!* Ahí teneis la razon del amor de la Iglesia por la instruccion del pobre i del niño; ése es el secreto de las grandes obras que realiza por ellos.

I, apesar de todo eso, ¿habrá todavía quien apellide a la Iglesia enemiga de la instruccion?

Sí: la Iglesia es enemiga de la instruccion; pero de la instruccion que no tiene por base la relijion, la virtud, Dios, ni por objeto el perfeccionamiento del hombre mediante la observancia de sus deberes; de esa instruccion falsa i sistemáticamente perversa, cuyas lecciones envenenan las jeneraciones en flor, que siembra la duda, insinúa el error, acredita la mentira, desnaturaliza los hechos para interpretarlos favorables a las pasiones, corrompe el corazon mediante la corrupcion de la intelijencia i se burla de las creencias mas sagradas. Es enemiga de la ciencia; pero de la

ciencia a medias, tan comun en nuestros dias, que ilusiona a lo sencillos, imponiéndoles, con todo el exterior i la autoridad de la verdadera ciencia; ciencia a medias, peor que la misma ignorancia, porque no viendo nada mas allá de la esfera estrecha de sus conocimientos, blasfema de lo que ignora, miéntras que la ignorancia sabe al ménos dudar i oye con respeto a los sábios. La Iglesia es enemiga de las luces; pero nó de esas luces suaves i puras que regocijan el alma, fortifican los ojos sanos i sanan los enfermos, sino de esas luces que ciegan; nó de las luces bienhechoras que iluminan el espíritu i llevan al alma el fuego sagrado de la virtud, sino de esas luces que queman i devoran cual teas homicidas; nó de las luces que embellecen la vida i revisten de apacible colorido el horizonte de la intelijencia, sino de esos engañosos resplandores i fuegos siniestros, como los que se ve andar errantes por los abismos i al borde de los sepulcros.

Jamas la Iglesia buscará las tinieblas, porque es luz i no tiene por qué temerla. Mui al contrario, lamenta el que no se la estudie i conozca; pues, si, como un gran talento lo ha dicho, *poca filosofía aleja de la fé, mucha filosofía conduce a ella*. Inmensos progresos han hecho nuestros conocimientos; en los dominios de la historia i de la naturaleza, en el vasto campo de la antigüedad i del oríjen de los pueblos, ¡cuánto ha descubierto la intelijencia humana! Mas, con eso ¿en qué ha perdido la Iglesia? Miéntras mas adelantan las ciencias, mas se engrandece i dilata la Iglesia. Cada conquista del saber humano es un nuevo homenaje tributado a la divinidad de esta hija de los cielos.

Ella, asentada sobre roca incommovible, con la vista fija en la patria adonde se encamina i la mano extendida sobre la humanidad para bendecirla, ve pasar a la multitud de sabios, de los cuales, unos la veneran, la aman i piden inspiraciones a su luz, otros la miran con desden e indiferencia, otros la insultan i desprecian. Mas, despues de fatigarse en remover la tierra, en interrogar los astros, en explorar los fenómenos de la vida en los cuerpos orgánicos, en desempolvar los archivos de los pueblos i en descifrar los enigmas de sus monumentos, los enemigos de la Iglesia vuelven, unos en pos de otros, a traer como un tributo a los piés de esta reina de toda ciencia i de toda verdad, el testimonio glorioso de que nada han podido contra ella i de que sin ella no podrán jamas explicarse los misterios del hombre i de la naturaleza. I no os asombreis de eso. La enseñanza de la Iglesia es una verdad completa; i así como *tiene su justificacion en sí misma*, preciso es que la reciba tambien de todos los hechos que se hallan en contacto con ella. La ciencia del hombre, por lo mismo que es susceptible de progreso, vivirá en perpetua infancia i no descubrirá la razon de las cosas sino despues de haberse muchas veces convencido de error. La ciencia de la Iglesia será eterna e inmutable como Dios, porque es sabiduría divina la que habla por boca de la Iglesia.

¡Católicos, *hijos de la luz*, porque lo sois de la Iglesia! ¡Honor a esa maestra de verdad i propagadora en la tierra de la luz de los cielos! Muchas coronas han llevado Dios i los siglos a su frente virjinal durante la gloriosa carrera que ha hecho por el mundo. Mas reconoced hoi la mui brillante que se ha conquistado por sus nobles esfuerzos en difundir la luz i en la conservacion de la verdad. ¡Católicos, gloria a la Iglesia!

ALEJANDRO LARRAIN.

EL HOMBRE SIN DIOS.

En tanto que Natura, del sueño despertando
Cual juvenil belleza, radiante de esplendor,
Del arpa de los bosques las cuerdas ajitando,
Envia al Ser Supremo su ardiente inspiracion;

I a sus sagrados himnos los coros de los cielos
Responden ensalzando las glorias del Señor;
I las flotantes nubes sobre sus blancos velos
Por los espacios llevan la voz de la oracion;

En tanto tierra i cielos en dulce arrobamiento,
Cantando las eternas grandezas de su Dios,
Unen sus armonías en májico concento,
Cual notas de una misma i ardiente vibracion;

Tan solo el hombre triste, sin luz, sin esperanza,
Rendido bajo el peso de adversa maldicion,
Salvaje entre los bosques con tardo paso avanza,
Roido por la pena su ardiente corazon.

De sus cansados ojos la luz del firmamento
A disipar no alcanza la eterna lobreguez;
El canto de las selvas es fúnebre lamento
Que lleva a sus oidos la voz del padecer.

En el sombrío cáos en que agitarse siente
Su espíritu anhelante de gloria i de poder,
La voz de las pasiones escucha solamente
Que al vórtice del vicio le arrastra a perecer.

I ciego, enajenado por su insidioso encanto,
La copa del deleite sediento va a apurar,

Sin que en su torpe anhelo pueda alcanzar en tanto
La dicha que persigue con delirante afan.

I, cual reptil inmundo, se arrastra por el cieno,
Hastiado de la dicha, cansado del placer;
Que son los falsos goces cual gotas de veneno
Que roen las entrañas vertiendo amarga hiel.

Mas luego, levantando su pálido semblante,
Retrato de un inmenso, sombrío padecer,
Un mar de sangre busca con vista amenazante
Donde templar de su alma la inextinguible sed.

I cual salvaje fiera sedienta de venganza,
Tras sí dejando marcha la muerte i el terror,
I a cada golpe rudo de la aguzada lanza
Mas sed de sangre siente su aleve corazon.

Los ayes de sus víctimas son himnos de victoria
Que escucha con salvaje, satánico placer,
I sobre negras ruinas el templo de su gloria
Levantán mil esclavos sujetos a su lei.

Allí, sobre las aras de lúgubres altares,
Sangrientos holocaustos, impío, va a ofrecer
Al odio i la venganza, sus jénios tutelares,
Que, cual sedientas víboras, se ajitan en su sér.

Pero ¡ai! el cruel gusano roedor de la conciencia,
Entre placeres torpes pretende en vano ahogar,
Que escucha en todas partes la voz de la inocencia
Pedir justicia al cielo con angustioso afan.

I al fin entre los densos vapores de la orjía,
Como hórrido fantasma, la muerte ve llegar,
I escucha de las tumbas la triste melodía
Mezclándose a los cantos de torpe bacanal.

Desesperado entónces, presa de angustia fiera,
Con la mirada incierta en vano busca a Dios,
I vierten ¡ai! sus ojos la lágrima postrera,
Sintiendo destrozado morir el corazon.

Murió; su último acento fué el tétrico alarido
De aquel a quien en la honda ciudad de los dolores
Confunde la terrible justicia del Señor.
En las sombrías pájinas del libro de su historia
No habia ni una lágrima que en el supremo instante
Al cielo demandara la gracia i el perdon.

JAVIER VIAL SOLAR.

BENEFICENCIA HUMANA DEL CATOLICISMO.

Señoras i Señores:

Todo respira aquí el buen deseo para con esta obra de caridad que se llama "Asilo de San José;" pero falta la admiracion, el entusiasmo, la sorpresa. I con razon. ¿Por ventura el marino se siente arrebatado de admiracion ante la inmensidad de los mares que pasea todos los dias en su barco? Las obras de caridad que engendra el catolicismo se hallan derramadas por el globo con la misma profusion que esos puntos luminosos que ostenta el firmamento. ¿Cómo podriais entónces sorprenderos delante de una de ellas, que apénas acaba de nacer? Pero otra cosa seria, señores, si hubierais asistido a la víspera de la aparicion del cristianismo. Antes de Jesucristo, preciso es recordarlo, no solo era desconocida la caridad, sino que se hollaba, se deshonoraba i se maldecia a la humanidad. Antes de contemplar la gran lei de la caridad cristiana que ha renovado la faz del mundo, es necesario penetrar con la mirada en la negra noche de los siglos paganos i sondear por un instante sus tinieblas.

El seductor habia dicho al hombre i a la mujer: "Desobedeced i sereis como dioses," ¡i desobedecieron! Cayóseles de la frente la corona de gloria i de pureza con que el Creador los habia adornado; luego, con una venda en los ojos, se sentaron al pié del árbol de la muerte a aspirar aromas hasta embriagarse, i allí, olvidando lo que eran i lo que estaban llamados a ser, se olvidaron de lo que valian.

De aquí resultó en la antigüedad pagana un desprecio profundo i universal en el hombre por sí mismo i por su semejante.

San Pablo, señores, resumió la historia del antiguo mundo cuando dirijiéndose a los romanos, cuya civilizacion triunfante habia absorbido todos los vicios i todas las fuerzas de los pueblos conquistados, les decia cara a cara, con intrepidez i sin encontrar contradictores: "Vosotros careceis de amor i de union; no teneis dulzura ni piedad; odiais i sois odiados; os encontrais, en fin, sin corazon i sin entrañas." (1)

No exajeraba el celo del apóstol. Los autores paganos, filósofos, poetas, historiadores: Platon, Aristófanes, Ciceron, Tácito, Suetonio, Plutarco; todos, en fin, nos cuentan esos horrores con una lijereza de lenguaje que hace estremecerse.

Extranjero i enemigo eran, entre los antiguos, palabras de igual sentido: *hospes et hostis*. Ciceron es quien lo dice. (2) De manera que el desgraciado viajero era condenado a ser esclavo o se le inmolaba haciendo de él la hostia de un horrible sacrificio.

(1) San Pablo, Ep. a los Rom., c. 1.

(2) Cic., De officiis.

El derecho de guerra era por de mas terrible. No habia rescate para el prisionero: le estaban reservadas la esclavitud o la muerte.

La lei entregaba a los deudores a merced del usurero que los encarcelaba para venderlos o decapitarlos.

Creíase que para los ancianos la vida era una carga i la muerte un beneficio. Los pueblos del antiguo Lacio los hacian morir ahogados, precipitándolos desde lo alto de los puentes; los cántabros los estrellaban contra las rocas; los romanos hacian morir a sus esclavos ancianos a los piés de Esculapio para librarse del fastidio de curarlos.

A los enfermos, si eran de complexion delicada, no se les dejaba prolongar su vida, bajo pretexto de que se prolongarian sus sufrimientos. Así lo proclamaba la sabiduría antigua por boca del mismo Platon. (3)

¿I los pobres? No era indiferencia lo que inspiraban, era desprecio i horror.

¿En dónde se encontraria hoi un poeta bastante cínico para poner, como Plauto, estas horrendas palabras en boca de un padre dirijiéndose a su hijo: “Dar de comer i beber a un mendigo es doble locura: para sí, es perder lo que se da; para él, es prolongar su miseria.”? (4)

En Ejipto, si un hombre carecia de pan i lo pedia, no le quedaba otro recurso que la muerte: jesa era la lei!

En Grecia, en Aténas, no hai asilo para los pobres, nadie se compadece de ellos, no les queda otro recurso que la muerte: jesa era la lei!

En Roma, la pobreza era considerada como un vicio i como una cosa vergonzosa. Horacio dice: “La pobreza es un crimen i un oprobio” i en otra parte exclama: “*Pauperies inmundi domo procul absit!*” (5) ¡Léjos, léjos de aquí la inmunda pobreza!

Los paganos modernos piensan hoi de idéntica manera.

¡El mismo Virjilio, señores, el jenio mas sensible i compasivo de la antigüedad, declara infames a los pobres i los relega a los infiernos: “*Et turpis egestas!*” (6)

Pero, ¿qué asombro puede causarnos todo esto, si la barbarie de las costumbres era tal que habia apagado en los corazones el mas noble de los sentimientos, el sentimiento paternal? Los niños eran condenados al abandono o a la muerte.

Los mas eminentes lejisladores de Grecia, como Licurgo i Solon, i en Roma la Lei de las Doce Tablas, sancionan formalmente estas abominaciones.

Hé aquí la lei de Licurgo: “Cuando nace un niño es preciso deliberar desde luego sobre su vida o su muerte: si es de com-

(3) Platon, De la Repúb., lib. 3.

(4) Plauto, Trinumnus, act. 2. °, esc. 2. °

(5) Horacio, lib. 2. °, epist. 2.

(6) Virjilio, Æneid., lib. 6.

plexion vigorosa, vivirá; pero si es débil o mal conformado, se le arrojara en un abismo desde la cumbre del Taijeto.” (7)

Segun la Lei de las Doce Tablas: “Si el niño es contrahecho, mátele el mismo padre sin dilacion.”

Ni los filósofos ni los filántropos protestaron jamas contra tales leyes. “Nosotros, dice Séneca, matamos un perro rabioso i ahogamos a nuestros hijos, si nacen débiles; pero esto no es cólera, es razon, es desembarazarse de lo inútil.” (8)

La mujer no tenia como madre i como esposa otra perspectiva que dolores i humillaciones. Si era estéril, estaba condenada a un ignominioso repudio; si fecunda, veia con mucha frecuencia arrebatado de sus brazos al hijo de sus entrañas i echado a la calle para que muriese ántes de haber podido mostrar a su madre su infantil sonrisa, para vivir en la prostitucion si era mujer, i si era varon, para presentarse algun dia de gladiador en el anfiteatro a divertir, sin conocerlos ni ser conocido, a sus padres i hermanos que aplaudirian sus heridas i pedirian quizás su muerte.

Tal era el estado del mundo ántes de Jesucristo. Desprecio jeneral por la humanidad: por el niño, que era ahogado, vendido e inmolado; por el prisionero, que era reducido a la esclavitud i obligado a morir sobre el sepulcro de sus vencedores; por los esclavos, que eran la inmensa mayoría de los hombres i que no tenían derecho ni a su vida ni a su pensamiento; por el pobre, a quien se arrojaba como a un animal inmundo; por la mujer, que era comprada, vendida e infamada de mil maneras. Desprecio tan jeneral i tan profundo que el hombre, que se habia hecho bestia, necesitaba para ser rejenerado que se le hiciera ángel, que se le divinizara, en una palabra, a fin de igualar la elevacion al abatimiento.

I ¿cómo?

Hé aquí que aparece en el Oriente un Hombre-Dios. Viene a derramar torrentes de luz en el reino de las tinieblas, viene a hacer brotar la vida en el seno mismo de la muerte. En vano le dicen a este Hombre que el jénero humano está muerto, que yace mucho tiempo ha en un sepulcro de sangre i corrupcion; Él se acerca al sepulcro de este gran Lázaro, como se acercó al del hermano de Marta i de María, i con la misma voz con que animó la nada i a la cual obedece temblando la muerte, dice al cadáver putrefacto: “¡Levántate i anda!” I el jénero humano sacudió su mortaja, se levantó, anduvo i andará hasta su postrer descanso en el seno del reposo infinito.

El alma se dilata i descansa, señores, al ver purificarse la tierra con las aguas divinas del Evangelio, al ver brotar nueva luz de todos los horizontes.

La sangre del divino Redentor corrió a torrentes sobre la frente del jénero humano como una marca indeleble. Era el precio

(7) Plutarco.

(8) Séneca, *De ira*.

de su rescate. Colocado el Hijo de Dios entre el cielo i la tierra, exclamó con una voz que resonó en todo el universo: “¡Oh hombre, ya no eres tuyo sino mio! yo te he comprado i he comprado a tus semejantes; mira a qué precio os pago. Lo que tú vales lo vale todo hombre; a todos los he comprado i al mismo precio; tú no puedes comprar a tu hermano ni él venderse.”

I cuando todo estuvo consumado, i el hombre, como despertando de un profundo sueño, se vió así divinizado, apénas pudo desplegar los labios para repetirse a sí mismo: “Yo valgo la sangre de un Dios: el niño, el esclavo, el pobre, la mujer, todo hombre vale la sangre de un Dios. ¡Yo soi propiedad de Dios, yo soi hijo de Dios!”

Entónces comprendió su dignidad i la dignidad de su semejante. I, como Pedro, el jénero humano lloró amargamente. Vuelto en sí de su profundo sueño, se sintió con un gran respeto por su persona i por la de sus hermanos. ¡Dios se habia abatido hasta ser hombre, el hombre se habia sublimado hasta ser Dios! Desaparecieron la tiranía, el egoismo i la crueldad. El hombre empezó a seguir las huellas de Dios, se llenó de caridad, de santidad i de bondad. ¡Estaba rejenerado!

Esto explica, señores, el celo de la Iglesia por el ejercicio de las *Obras de Misericordia*. Depositaria de la Lei evanjélica es la maestra de la verdad, a ejemplo de Jesucristo, es la defensora i la consoladora de todos los que sufren, es, en fin, la conductora de la humanidad a sus gloriosos destinos.

En el largo catálogo de las miserias humanas, no hai una sola para la cual no haya fundado un lugar de hospedaje, de alivio i de consuelo, desde los mismos tiempos apostólicos: hospicios para peregrinos, Hermanos de la Buena Muerte, Hospitalarios, enterradores de muertos, padres de la Redencion de Cautivos, cuidadores de locos i de huérfanos, Hermanas de la Caridad para los enfermos, del Buen Pastor para las arrepentidas.

Los apóstoles que oyeron de los labios mismos de Jesus: “*Beati pauperes, Beati qui lugent, Beati misericordes*, (9) Bienaventurados los pobres, Bienaventurados los que lloran, Bienaventurados los que practican la misericordia,” fueron los primeros en implantar en el mundo la doctrina de la caridad. La sociedad cristiana, fundada por ellos, formaba una sola alma i un solo corazon; los ricos i los pobres habian juntado voluntariamente sus tesoros i sus miserias, vivian en sublime igualdad formando una sola familia de hermanos.

Para realzar para siempre la dignidad de los pobres, para hacer comprender toda la dicha i la recompensa de la misericordia, para echar por tierra de un solo golpe la filosofía i las leyes del paganismo, los apóstoles declaran solemnemente que el pobre es un sér privilegiado en la Iglesia de Cristo, i hacen del ejercicio de la caridad un ministerio sagrado.

(9) San Mateo, c. V.

Entónces fué instituido el órden del diaconado, es decir, el ministerio de los pobres. I desde aquel dia, despues del ministerio del Verbo Divino, oculto en la Eucaristía o anunciado en la predicacion evanjélica, nada fué ni será mas grande i augusto en la Iglesia Católica que el ministerio i el servicio de los pobres.

San Pablo interrumpió la predicacion evanjélica i la obra de la conversion del mundo para ocuparse en este sublime ejercicio. Atraviesa varias veces los mares, retarda su viaje a Roma, i no se embarca para visitar a España hasta despues de haber llevado las limosnas de Macedonia i de Acaya a los indijentes de Jerusalem. (10)

Pero fué en Roma principalmente donde se realizó la dignidad de los pobres, llegando a ser incomparables las obras de misericordia. En aquella Roma, tan orgullosa i desapiadada, se vió a las mas ilustres matronas, a los patricios, a los senadores, abandonar con alegría sus grandezas para dedicarse llenos de celo al servicio de los miserables.

El primer hospicio de Occidente fué fundado cerca de Roma por el senador Pamaquio; el primer hospital, por Fabíola, descendiente de los Fabios.

Dado el ejemplo en Roma, se extendieron por todas partes las fundaciones de la caridad.

Los Santos Pontífices de la Iglesia Romana, a la vez que eran las lumbreras del mundo por la fé, eran los padres de los pobres por la caridad. Perseguidos i encerrados en las catacumbas, tenían sin embargo poder i recursos para alimentar a los que los emperadores dejaban perecer de miseria.

Así ha venido derramándose por toda la série de los siglos la accion de la caridad cristiana. Ha sido necesario crear nombres nuevos para expresar cosas nuevas.

CASAS DE AMPARO PARA LOS PEREGRINOS, i lo eran i lo son hoi todos los conventos de relijiosos. El pobre viajero tendrá pan i tendrá abrigo.

A fines del siglo XV, un hombre andaba de reino en reino ofreciendo un mundo en cambio de un buque. Habia estado en Jénova, i allí lo habian tenido por visionario; habia dirijido sus pasos a Portugal, i no habian visto en él otra cosa que un aventurero vulgar. En fin, habia llegado a España sin encontrar mejor acogida. Solo, con su pequeño hijo, a pié por los ardientes caminos de Andalucía, desconsolado, sin recurso alguno, la Providencia lo condujo a la puerta de un humilde monasterio. Allí encontró hospedaje, simpatías, un protector i un amigo. El monasterio de Santa María de la Rábida fué el centro de las operaciones del inmortal jenovés. Allí se resolvió el mas asombroso de los descubrimientos, el descubrimiento de un mundo, i se buscaron los medios para llevarlo a cabo.—La América no debe ménos a frai Juan

(10) San Pablo, Ep. a los Romanos, XV.

Perez de Marchena, prior del monasterio de la Rábida, que a aquella reina heróica que

“De su corona desprendió un tesoro
Para engastar un mundo a su corona.”

En la cumbre de los Alpes, Bernardo de Monton, inflamado por la caridad, funda un Monasterio i un Hospicio. El viajero, perdido durante la noche entre las nieves, entorpecidos sus miembros, cae en un sueño funesto, vecino de la muerte. Los monjes recorren los precipicios para salvarlo. No importa que sea ruso, árabe o americano, es de la gran familia de Jesucristo, i esto basta. Ellos lo reconocerán por hermano i llorarán de alegría por haberlo salvado. Triunfantes con su hallazgo, lo trasportarán en brazos a su morada, para prodigarle allí los consuelos de la caridad.

HERMANOS DE LA BUENA MUERTE para hacer ménos amarga la hora de la última partida. En aquellas enfermedades contagiosas i repugnantes que alejan hasta a los mismos parientes, junto al lecho del moribundo estará el Hermano Agonizante consolándolo i orando por él al Padre de las Misericordias. Al pié del patíbulo, él será el único amigo del condenado a muerte. Cuando la justicia humana, implacable, lo entrega en manos del verdugo, la Iglesia Católica le envía un hombre de paz que lo aliente con la esperanza; cuando aquélla le dice: ¡muere! no hai misericordia para tí!, el Padre de la Buena Muerte le dirá: ¡Hijo mio, el cielo te espera, el cielo está abierto para los inocentes i para los arrepentidos!

En todas partes HOSPITALES para los pobres enfermos servidos por esos ánjeles con toca blanca i corazon de oro, que se llaman Hermanas de la Caridad; que viven i mueren a la cabecera del enfermo curando las llagas de sus cuerpos, consolando las aficciones de su espíritu. Eran jóvenes tímidas i delicadas; pero la caridad les dará intrepidez, i marcharán en pos de los ejércitos a cumplir su mision. Estaban en la primavera de la vida; el mundo les sonreia i brindaba placeres, pero todo lo han renunciado: juventud, patria, familia. Abrazadas con los pobres enfermos, no quieren otra recompensa que servir en ellos a Jesucristo.

HERMANAS DE LA PROVIDENCIA para criar i educar a los huérfanos i a los niños pobres. La caridad irá a recojer a los hijos abandonados por el crimen, i los estrechará amorosamente en el regazo maternal. Las madres no tendrán ya que temer que su hijo, si es pobre, débil o contrahecho, sea arrojado al abismo desde la cumbre del Taijeto. Todos los pobres, todos los abandonados, todos los desgraciados tienen una madre tierna i poderosa que se llama la Iglesia Católica.

San Pedro Nolasco i San Raimundo de Peñafort fundan ORDENES PARA LA REDENCION DE CAUTIVOS. Los prisioneros, que en los tiempos del paganismo no tenian otro porvenir que la es-

clavitud o la muerte, hoy tendrán ya quien les devuelva su libertad.

Un oscuro soldado yacía preso en las mazmorras de Arjel. Su familia no era bastante rica para rescatarlo. La orden de la Merced toma a su cargo la empresa; el prisionero rompe sus cadenas, y llega a ser la primera gloria literaria de su patria y una de las primeras del mundo. Ese oscuro soldado se llamaba, señores, Miguel de Cervantes Saavedra.

Ardua empresa sería enumerar siquiera las obras de misericordia que la Iglesia ha realizado para cumplir con el precepto de Aquél que se hizo pobre y humilde, y que dijo: “Dad de comer al hambriento, dad de beber al sediento, vestid al desnudo, redimid al cautivo, dad posada al peregrino, sepultad a los muertos.”

La Iglesia sabe que no puede dejar de practicar esas obras ni un solo instante porque moriría; la Caridad es la vida, *qui non diligit manet in morte*, (11) el amor es la vida y el desamor la muerte.

El espíritu de la caridad cristiana se ve en todas partes y en todas ocasiones.

Descendía en otro tiempo la peste sobre una ciudad; diezmaba de tal modo la población, llevaba también tantas vidas a la tumba, que todos creían llegado el término fatal de su vida. No decían los sanos: ¡salvemos a los enfermos! Decían: ¡muramos; pero arranquemos antes un último goce de este cuerpo que vamos a perder para siempre! Y se escanciaban los vinos a la cabecera del padre moribundo; y la lámpara del festín ardía aun, al nacer del sol, junto al cadáver todavía caliente del amigo o del hermano; y todos, hombres y mujeres, asidos de las manos, marchaban delante de la muerte, ceñidas las frentes con las rosas manchadas en el desenfreno de la orjía.

¡Qué diverso espectáculo, señores, el de la caridad cristiana en iguales circunstancias! Somos testigos oculares de él. No hace mucho tiempo que la peste descendía como una nube de maldición sobre esta ciudad y sobre una gran parte de la República. Falanjes de obreros de la caridad se precipitan a salvar a sus hermanos y a sacrificarse por ellos. Sacerdotes, magistrados, médicos, simples ciudadanos, ilustres matronas, jóvenes delicadas, todos corren presurosos en nombre de Jesucristo.

Aquí mismo teneis a la vista, señores, estos pobres huérfanos que han encontrado en esta Casa pan para sus cuerpos, luz y amor para sus almas. Vuestra caridad ha protegido su orfandad y su inocencia. Os lo pagará Aquél que dijo: “Lo que hicieréis por uno de estos pequeñitos, por mí lo haceis.”

Cuenta la historia que un intrépido marino portugués doblaba el *Cabo de las Tormentas*. Una horrorosa tempestad pone en tal peligro a la nave que todos desesperan de salvarse. No queda recurso alguno humano. Agrupados todos los tripulantes sobre

(11) San Juan.

cubierta esperan por momentos desaparecer en los abismos. El capitán divisa a la lívida luz de los relámpagos, una mujer que llora estrechando en su seno a un niño que duerme dulcemente, porque la inocencia no conoce el peligro. En un arranque sublime arrebatada al niño de los brazos de su madre i levantándolo hácia el cielo conjura, en nombre de aquel inocente, al que manda sobre las tempestades para que sosiegue los mares i salve tantas vidas en peligro. La plegaria de aquel hombre de fé fué oída. Deshízose la tempestad como humo leve en el ambiente. La nave llegó incólume al puerto.

Señores: cuando llegue la hora de la tribulación, del peligro o del castigo, presentad al Dios de la clemencia a cualquiera de estos inocentes que sosteneis con vuestras limosnas i alentais con vuestras simpatías, i la ira del Señor se aplacará, brillará su misericordia i la paz de Dios habitará entre vosotros.

JUAN FRANCISCO RIVÉROS.

EL MISIONERO.

De pié está el héroe cristiano,
De pié en la natal ribera;
Presta la nave le espera
Para lanzarse al océano.
No ha dado su adios en vano
A patria, madre i hogar;
Le ordena el cielo marchar
En pos de un alto destino,
I el humilde peregrino
Se fía animoso al mar.

Triste fué el postrer adios
I eterno será quizá.
El que parte ¿volverá?
¡Tan solo lo sabe Dios!
¡Ah! los que quedais en pos
¡Benedicidlo en su partida
Que en el libro de la vida
Su nombre ha grabado el cielo,
I habrá de ser en el suelo
Su memoria bendecida!

Jóven, envidiado ayer
En su feliz existencia,
Los honores, la opulencia
Lo arrullaron al nacer.
Acaso pudo entrever
En risueña lontananza
De mundana bienandanza
El fantasma seductor;
Placer quizás, gloria, amor
Le brindaba la esperanza.

Hélo hoi, pobre penitente,
Correr en pos de un laurel
Envidiable; mas no aquél
Con que pensó ornar su frente;
Bebió en la sagrada fuente
De encendida caridad,
I se dijo:—¡Atras quedad,
Glorias que el alma desdeña,
Ser desde hoi será mi enseña
Apóstol de la verdad!

I el que estais viendo partir
Pobre, humilde i abnegado,
Quizá en un bosque ignorado
Mañana habrá de morir.
Su risueño porvenir
Jeneroso desdeñó;
De todo se desprendió;
I su abrasado desvelo
Es ganar almas al cielo
Por quien todo abandonó.

Quizás mañana, perdido
En un bosque, morirá;
Mártir de Cristo, quizá
Lanzará el postrer latido:
De hambre o de sed combatido,
O presa de hambrienta fiera,
Nadie en su hora postrera
Aliviará su pesar
Mas ¿qué le puede importar
El morir de esa manera?

Apóstol del Redentor,
Es su nombre *El Misionero*;
Su patria es el mundo entero,

Su única lei el amor.
Siguió con divino ardor
El sendero de la luz,
Sobre sus hombros la cruz
Abnegado soportaba;
¡I en la tierra se llamaba
Imitador de Jesus!

ENRIQUE DEL SOLAR.

UNA INSTITUCION CATOLICA.

Señoras i Señores:

Ved ese pajizo rancho, cuyo techo no resguarda del sol ni de la lluvia, cuyas paredes no defienden del viento ni del frio, cuyo pavimento es la húmeda tierra. Una anciana yace allí en el lecho del dolor, lecho único que presta cada noche su mezquino abrigo a toda una familia. Una jovencita, en la primavera de la vida i en toda la lozanía de su belleza, mal cubierta con un vestido andrajoso i sucio, está tristemente sentada a la cabecera de la anciana. Un enjambre de chicuelos, desnudos, hambrietos i escuálidos, sin vigor, sin esa vivacidad de la niñez, miran con una mirada estúpida, i completan el cuadro de aquel hogar. Yacen por el suelo el lecho de jirones de jerga i los pobres trastos de la vivienda en sórdida confusion. Dos dias hace ya que aquella familia devora su propia hambre; la anciana madre no ha podido salir a pedir siquiera un mendrugo de pan por amor de Dios; todos están lánguidos i transidos de frio.—Entre tanto, la mano desapiadada de un negociante sin entrañas ha venido ya a golpear dos veces la puerta de esa choza miserable, exigiendo con duras amenazas el pago del alquiler. Si la caridad no acude, mañana anciana, jóven i niños no tendrán donde extender los andrajos de su lecho. Pero otra mano, mil veces mas cruel e infame, ha venido tambien a golpear aquella puerta, que la miseria i el abatimiento moral aconsejaban abrir, pero que la misericordia de Dios ha mantenido cerrada. La anciana padece las dolencias del cuerpo i la exasperan los pesares del alma. Abandonada i sola en el mundo, sin el compañero de su vida, sin auxilio i sin sosten, se ve encadenada en su lecho, miéntras mira perecer a muerte lenta en derredor suyo a los ídolos de su corazon. La enferma

aborrece la vida, maldice al mundo i se desespera, porque le falta ese bálsamo de todos los dolores que se llama resignacion. ¿I qué puede hacer la jóven infeliz? Jemir, languidecer, morir, i nada mas. ¿Cuál será la suerte de esos inocentes niños, si la anciana muere, si ellos quedan a un mismo tiempo sin madre i sin hogar? La ignorancia, el vicio i el crimen harán de ellos su presa; serán ellos mismos desventurados i serán azote de la sociedad.

Mas, nó: el Dios de la misericordia vive, i el corazon de la Iglesia Católica es un foco de amor inextinguible. Miéntras el mundo anti-cristiano bebe en la opulencia la maldecida copa del placer, sin acordarse siquiera de que existen la miseria i el llanto, el espíritu católico concibe pensamientos bienhechores i solo él sabe encarnarlos i perpetuarlos en instituciones duraderas.

Ved sino a esos dos jóvenes que entran en aquella miserable vivienda. No entra mas gozosa la adulacion a los palacios ni la amistad a casa del amigo. I sin embargo, esos jóvenes, flor de la nobleza, mecidos en opulenta cuna, han abandonado la comodidad del hogar, han abandonado sus tareas, sus amigos i los lejítimos placeres de su edad, i vienen a los extramuros, a la casa de una pobre familia. ¿Qué vienen a buscar allí, ellos que nada necesitan? ¿qué vienen a buscar en la repugnante morada de la indigencia, del hambre i del dolor, miéntras resuenan los ecos de las bulliciosas fiestas de la ciudad?

Vienen tambien a golpear esa puerta; pero no en nombre del interes ni en nombre del crimen, sino en nombre de la caridad i en nombre de Dios.

Los chicuelos salen al encuentro de sus visitantes, se les acercan i les sonrien, porque reconocen en ellos a los discípulos de Aquel que se complacia en rodearse de los niños. La jóven los saluda con recato i en su semblante se pintan la gratitud i la santa alegría con que los ve llegar. Incorpórase en su lecho la anciana, i les da la bienvenida como a amigos suyos, como a sus ánjeles tutelares.

Traen la limosna del pan cotidiano, vestido para la desnudez, amor para el desamparo, consuelo para la tribulacion, consejo i aliento para la virtud en peligro, luz para la ignorancia.

No hai para ellos en esa miserable estancia ni una mala i vieja silla en que sentarse; de pié i rodeados de los niños, que se abrazan de sus rodillas i cuyas cabezas acarician ellos, entablan con el pobre una plática íntima i fraternal, en que los corazones son los interlocutores. Se informan de los mas menudos detalles de la vida del pobre, con el mismo interes i el mismo cariño que lo hicieran con un miembro de su propia familia. Llevan a la anciana medicina para el cuerpo; pero llévanle otra mil i mil veces mas preciosa i necesaria, la medicina para el alma, la resignacion, ese secreto májico que convierte en oro del cielo las miserias de la tierra. Háblanle de Dios, padre de los pobres, remunerador de los que padecen en su nombre; muéstranle los tesoros

de consuelo que encierran la fé i la piedad cristiana, le enseñan a esperar i confiar siempre en Dios. Las llagas de aquel lacerado corazon se suavizan, renace en él la esperanza i, ofreciendo a Dios en holocausto sus padecimientos, cobra nuevas fuerzas i vigor nuevo. A la jóven llevan un hermoso libro para que en él aprenda i para que leyéndoselo haga olvidarse a su anciana madre de sus dolencias. A los chicuelos instruyen personalmente llenos de cariño, despiertan i fomentan en ellos el deseo de saber, de trabajar, de ganarse cuanto ántes su sustento i el de su anciana madre, i los estimulan a ejercitarse desde sus mas tiernos años en la práctica de la piedad cristiana. Aquellos jóvenes son portadores de mui buenas nuevas, que los pobres reciben con júbilo. En poco tiempo mas, i merced al activo celo de sus visitantes, tendrá la madre seguro i permanente albergue para su ancianidad i sus dolencias; la jóven será recibida en un santo i seguro asilo, invernaculo de la delicada flor de su inocencia, donde, aunque léjos de su madre amada, encontrará muchas madres tiernas i solícitas i tantas hermanas cuantas sean las jóvenes compañeras de su feliz desgracia en aquel asilo. Los niños, bajo la proteccion de Dios i de esos mismos visitantes a quienes con infantil e injenuo agasajo acaban de recibir, irán a aprender en un honrado taller a ganarse la vida i ser útiles mui pronto a su madre, a su hermana i a la sociedad.

Ya los jóvenes se despiden de aquella familia con la que han estado en íntima i santa conversacion. Se retiran, prometiendo volver mui pronto.

Mas ¿quiénes son?

No les preguntéis sus nombres: os responderán que no tienen nombre i se llaman solo *Socios de San Vicente de Paul*.

Preguntadles en nombre de quien dan limosna i os dirán que solo en nombre de Dios.

Así, miéntras la mentida filantropía anticristiana ni siquiera soporta la vista del pordiosero, la caridad cristiana va a buscar al menesteroso en su propia humilde morada. Así, miéntras en el catolicismo tiene la pobreza verdadero culto, en la doctrina incrédula tiene castigos como un crimen. Los ricos del mundo, cuando llegan a alargar al pobre una mezquina limosna, lo humillan, e irritan su miseria; lo hacen sufrir el suplicio de Tántalo forzándolo a ir a buscar las migajas de la opulencia a la puerta misma del perpetuo festin. El socio de San Vicente de Paul no se deja buscar por el pobre; va a buscarlo en su ignorado tugurio; lo busca como el ambicioso busca tesoros, como el hermano busca al hermano. El amor que descende, levanta a la miseria que alivia; no hai crueles i humillantes contrastes. Esa es la verdadera igualdad, la verdadera fraternidad; ése es el verdadero amor al pueblo.

La limosna que lleva a casa del indigente el socio de San Vicente de Paul, es ante todo limosna del propio corazon. Nada vale arrojar la limosna material sobre la macilenta i temblorosa mano que se extiende para pedirla, cuando el sentimiento que impulsa a ello es una compasion instintiva mezclada con repugnancia i desprecio. Nada vale dar limosna obedeciendo a la vanidad i a la sed de aplausos. Nada vale que la mano dé, cuando el corazon no ama. Esa limosna es una hipocresía del que la dá i una humillacion para el que la recibe. El socio de San Vicente de Paul, da primero al pobre la dádiva del propio corazon, del sacrificio personal, de una amistad íntima i cristiana, hasta del honor mismo, porque, señores, tal es el mundo que no acierta a concebir que el rico busque al pobre, sino para el crimen. Es preciso cercenar de los propios placeres, del propio orgullo, del tiempo propio, de la vida propia lo necesario para atender a las miserias del pobre.

El socio de San Vicente de Paul ve con sus ojos i palpa con sus manos la miseria; va a respirar esa misma atmósfera infecta que respira el indigente en su rancho; a curar con su propia mano las llagas del cuerpo i del alma de su pobre. Así, es imposible que el fraude mendicante usurpe el lugar de la pobreza ni la defraude de su lejítimo patrimonio.

La caridad anticristiana da, como el fariseo, a son de trompeta i en el foro público, para ser vista i aplaudida. El socio de San Vicente de Paul es obrero silencioso, ignorado i anónimo, del bien del pobre. Escóndese del mundo i del aplauso, se esconde de sus propios compañeros, i hasta de su propio corazon se esconde. Si acepta las bendiciones del pobre, no acepta su gratitud, que pertenece solo a Dios, de quien él no es mas que humilde instrumento.

El socio de San Vicente de Paul sabe que, cuando ha saciado el hambre del pobre, vestido su desnudez i sanado sus dolencias materiales, no ha hecho todo lo necesario en favor del pobre. Sabe que dentro de esa escuálida i desnuda cubierta corpórea hai un alma i que ella es el elemento mas noble del compuesto humano. El alma tiene hambre i sed de verdad, siente la desnudez del desamparo en medio de las tribulaciones de la vida; el alma tambien languidece, enferma i aun muere; muere cuando no vive para la fé i la virtud, muere cuando no vive para la felicidad i para Dios. Hai almas sentadas en las sombras de la mas embrutecedora ignorancia; hai corazones que no conocen ni aman a Dios; los hai destrozados por la desesperacion; hai inocencias contra las cuales conspiran su propia belleza, su indijencia, su abatimiento moral i las asechanzas exteriores. ¿Cómo dejar tamañas miserias sin alivio, tamañas necesidades sin remedio? ¡Ah! nó: el socio de San Vicente de Paul ha comprendido que su mision principal es para con el alma del pobre. Antes que su proveedor o limosnero, es su consejero, su amigo, su consolador i su apóstol.

Su mision es desterrar del hogar del pobre la ignorancia, el abatimiento i el vicio, i establecer allí la conciencia de la dignidad i del deber, la alegría, el trabajo i la virtud, ilustrar, levantar, conducir a Dios.

La Sociedad de San Vicente de Paul, sin descuidar las necesidades corporales del pobre, atiende con preferencia a las de su espíritu. Da de comer al hambriento, viste al desnudo, cuida del enfermo, trabaja por asegurar al indigente un albergue; instruye al ignorante, aconseja, consuela i corrije. Proteje la ancianidad, la niñez i la inocencia; ampara a la viudez i a la orfandad; busca honrado trabajo para el pobre que puede trabajar i tranquilo refugio para el que no puede. Restablece la paz, la armonía i el amor en los matrimonios i en los hogares, haciendo que cada cual cumpla con los deberes de la naturaleza i de la religion. En suma, a toda necesidad busca un remedio, a cada miseria un alivio; ninguna obra de misericordia para con el pobre es ajena de su instituto. Los jóvenes socios entre sí se edifican i estimulan recíprocamente con la palabra i con el ejemplo a la práctica de la caridad i de la piedad. Dan ejemplo al pobre i de él aprenden mucho, porque, señores, no lo extrañeis, en el miserable rancho del pobre hai con frecuencia admirables virtudes que aprender. Es ése un sublime comercio de caridad, de amor i de edificacion cristiana.

Ahora, pregunto yo: ¿hai en el campo de los titulados amantes del pueblo i de la humanidad, institucion que tenga un plan de beneficencia mas vasto i mas completo que la Sociedad de San Vicente de Paul? ¿Hai alguna que la ejercite mas silenciosa, mas discreta, mas fraternal?

Nó: el catolicismo sólo es capaz de enjendrar en su seno instituciones como la Sociedad de San Vicente de Paul, que tiene el triple i grandioso objeto de rendir culto a Jesucristo en la persona de los pobres, santificarlos i socorrerlos i santificar a sus miembros por medio del ejercicio de la caridad i del recíproco buen ejemplo.

El cuerpo social recibe de esos humildes e ignorados bienhechores del pobre beneficios incalculables.

El contacto cotidiano e inmediato con la miseria, vista con los ojos i palpada con las manos es el único remedio eficaz para extirpar el lujo de los ricos, esa lepra de las sociedades, que las desmoraliza i las enerva, que dilapida lo supérfluo, patrimonio lejítimo del pobre, que exaspera a la medianía i a la miseria i las irrita contra la opulencia; el lujo, ese mónstruo, padre de la prostitucion i del crimen.

Cuando el rico no desciende hasta el pobre i le prueba que lo ama, que se compadece de él; cuando el rico no socorre las desesperantes miserias del indigente, el pobre pueblo, señores, aborrece a los ricos. ¡ai de los pueblos en que la pobreza vive enconada i llena de odios para con la opulencia! ese encono i ese

odio, comprimidos durante algun tiempo, al fin estallan i estallan en las mas tremendas convulsiones sociales, en que los ricos pagan con su sangre la indolencia de sus corazones i las prodigalidades del lujo con que se burlaban de las angustias del pobre.

El socio de San Vicente de Paul, penetrado del sentimiento de las desgracias i miserias del menesteroso, es un apóstol que lucha contra el lujo con el ejemplo i la predicacion; es el parlamentario de paz i de amor que desciende a suavizar el encono del pobre contra el rico; que desarma los odios i conjura las espantosas i sangrientas catástrofes sociales. Baja para levantar al pobre, dándole instruccion, moralidad, conciencia de su dignidad de hombre i de sus deberes de cristiano i de ciudadano, enseñándole hábitos de orden, de trabajo, de aseo i de higiene. Hace rico al pobre levantando su nivel, hace pobre al rico descendiendo a ser el amigo, el hermano del pobre. Es su obra una santa nivelacion social.

¡Acabemos de comprender, señores, que ni las teorías ni las combinaciones de los políticos pueden rejenerar i salvar al mundo sino solo la fé i la caridad!

Os he trazado los rasgos mas prominentes de una de las infinitas instituciones que sabe enjendrar i vivificar el espíritu católico de caridad. Os he hablado de una de la muchas obras de esa sublime e infatigable bienhechora del mundo que se llama Iglesia Católica. Ella mece la cuna del huerfanito i del hijo abandonado del crimen, ella vela a la cabecera del enfermo, ella cuida de la viudez i de la ancianidad, ella es el perpetuo i celoso guardian de las tumbas, ella colma de solicitud i de ternura al hombre mientras éste vive i todavía le envía el socorro de sus amorosas plegarias hasta a la misma eternidad.

¡Salve, Iglesia del Cristo, porque tú sola sabes inspirar los heroismos de la caridad! ¡Salve, Iglesia Santa, porque tú, i sola tú, eres la luz, el consuelo, la esperanza i la salvacion de la humanidad!

RAFAEL B. GUMUCIO.



EL DOLOR.

Que siga el mundo en su vaiven eterno
Rodando en el vacío;
De léjos lo veré sin que la bruma
De pasiones que arrastra en su carrera
Venga a turbar el pensamiento mio.
Solo con su memoria
En su dolor i llanto
Escrita allí, lamentaré su historia.

Allá va el mundo nuestro,
Negro, perdido en los espacios flota
Con una ondulacion eterna i muda,
Envuelto en gaza desteñida i rota
De esperanzas perdidas i de duda,
I sobre todos tétrico i sombrío,
Obedeciendo al polo,
Dolor, el dolor solo
Lo empuja por los senos del vacío.

Memorias del pasado,
Vago recuerdo de mi antiguo mundo,
Dejad del globo las espesas nieblas
Do en confuso tropel habeis jirado:
Recuerdos de dolor, tocad mi frente,
No mi entusiasmo ardiente
Hace nacer en mi alma odio i despecho;
Que llegue a mí vuestra lejion callada,
Que, si al tocarlo lacerais mi pecho,
Un dolor mas habrá.... ¡no importa nada!

Canto al dolor: ¿sabeis lo que en el mundo
Esa palabra encierra?
No lo sé; algo escondido
Que en su siniestra calma
Cuando se siente el corazon herido
Hecha jirones nos anuncia el alma.
Nadie cantó al dolor; el aura leve
Cuando muere la tarde
A remedarlo en su rumor se atreve;
Lo busca el ave, lo susurra el bosque,
La hoja que se arrastra lo murmura;
Pero el que siente el corazon herido

Oye en cada latido
Un canto de dolor i de tristura.
El dolor no se canta;
Se ve, se sufre i, al cantar, se llora.
De la existencia en la inocente aurora
La lágrima del niño
Presajando dolores se desliza,
I cuando el hombre, pálido, abatido,
Recoje de las manos de la muerte
La última herencia del mortal caído
Le alza también la piedra de su fosa
Una lágrima amarga i misteriosa.

¡Eso es dolor! Nacer entre sollozos,
Vivir entre deshechas ilusiones,
Morir esa es la historia
Del sér fugaz de la mundana escoria.

Mas hai dolor dulcísimo i tranquilo,
Que el mundo loco a comprender no alcanza
Dolor que enjendra el Dios de la esperanza,
Dolor, sublime anhelo
Que nace aquí, para volar al cielo.
¿Viste una madre contemplar callada
Una cuna vacía
I una lágrima diáfana abrasada
Temblorosa brillar en su pestaña
Que un algo vago misterioso entraña
Reflejada en su lánguida pupila?
Leed: allí está escrito
Todo un poema de dolor bendito.

¡Cuán dulce es el dolor que allá en su aurora
Encuentra una mujer que lo comprende
Un ángel que al llamarla: ¡madre mia!
Una esperanza en nuestro pecho enciende!
¡Huérfanos desgraciados,
Vosotros cuya frente no ha sentido
El puro beso del amor materno,
Primicias del dolor, habeis sufrido,
Sabeis lo que es dolor sin conocerlo!
¡Ah! lo conoceréis! Correrá el tiempo
I en el alma hallareis hielo i vacío
Cuando busqueis do reclinar la frente
I una lágrima amiga
Para calmar el desamor impío
Con que el mundo a sus víctimas castiga.

Recordad la cancion del que en su cuna
Huérfano se llamó sin comprenderlo
Cuando esa aspiracion dulce del alma
Vuestro marchito corazon taladre;
Yo sé lo que es dolor. . . . ¡yo tuve madre!

Recuerdos de esperanza,
Vago futuro que el espacio pueblas
Del dolor, disipad las negras nieblas
Que cantar mas el sinsabor no puedo,
Recuerdos de dolor. . . . ¡os tengo miedo!

No mas dolor; el corazon sediento
Tras los recuerdos de dolor i duelo
Para apagar su sed busca consuelo.
Hai consuelo al dolor; mas, ¡ai! del triste
Que al mundo a demandarlo se ha llegado;
El corazon marchito, envenenado,
Lágrimas solo implora;
Solo es dado ofrecer llanto al que llora.

I él no sabe llorar; el mundo rie:
De su consuelo emblema,
Él brinda su sonrisa,
Mas sonrisa glacial que agosta i quema,
Presajio de dolores
Sarcasmo helado que nos miente amores.
Él no sabe llorar; revuelta orjía,
Eterna bacanal desenfrenada,
El ¡ai! de la agonía
Lo mezcla con la ronca carcajada;
Mata, envenena, la ilusion sepulta,
Mas ¡ai! de los que lloran;
El que llora en el mundo, al mundo insulta.

Mas es fuerza llorar; entre el violento
Bramar de las tormentas de la vida
El Dios de la virtud i el sufrimiento
Nos ofrece un asilo
Como Él nido de amor puro i tranquilo;
Solo, solo en su seno
Podremos dulcemente
Dejar caer la lacrimosa frente.
Despojos del dolor; hijos, del mundo,
Llorad con la esperanza del cristiano
I en el dolor profundo
Consuelo encontrareis; vereis en tanto

Que vuestro acerbo lloro
No será ni perdido ni precario;
Ved que en la cima del Calvario Santo
Una madre, al llorar, bendijo el llanto.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.

ORDENES RELIJIOSAS.

Señoras i Señores:

Existe entre la creatura i el Creador, entre la tierra i el cielo, un lazo estrechísimo, una cadena preciosa, un vínculo indisoluble: lazo, cadena, vínculo, que eleva al hombre hasta Dios i une la vida con la muerte, el pasado con el presente, el tiempo con la eternidad. Cuál sea esa cadena firme como el granito, dura como el diamante, vuestro propio corazon os lo habrá dicho: es la oracion. La oracion, grato perfume que se eleva del alma, rompe las nubes, atraviesa los espacios i llega hasta el seno mismo de la divinidad; la oracion, arma poderosa que anonada las atrevidas maquinaciones hijas del necio orgullo i de la loca presuncion del hombre ensoberbecido; arma terrible que hace temblar i estremecerse al abismo; arma única que destruye i aniquila hasta los rayos mismos de la cólera del Eterno.

Ahora bien, en medio del proceloso mar de la vida, en medio de las contínuas agitaciones i del incesante tumulto i bullicio del mundo, era necesario que hubiese algunos albergues destinados a ser como el punto céntrico de donde partieran los himnos de alabanzas con que el hombre, uniéndose a todos los cánticos de la naturaleza, debe bendecir i ensalzar a su Creador. Esos albergues ¿quién no los conoce? ¿quién no conoce esos retirados i solitarios asilos, moradas misteriosas de la virtud i del sacrificio, del recojimiento i del estudio, de la paz i del desinterés, de la caridad i de la mas dulce contemplacion? ¿Cuál es el cristiano que al sentirse acosado por los sufrimientos, combatido por los violentos huracanes de las pasiones i debilitado i próximo ya a sucumbir en el combate, no haya alzado su frente i dirigido sus miradas a esos apacibles refugios en donde se acoje la inocencia i nace i vive la penitencia? I, por lo mismo ¿quién no comprende que es necesario que haya, en aquellos lugares santos, algunas almas exclusivamente consagradas a ofrecer a la divinidad un triple tributo de adoracion, de amor i de reparacion,

impetrando al mismo tiempo las misericordias i bendiciones del cielo i aplacando con la oracion la justicia infinita? . . . Hé aquí porque, tantas almas, comprendiendo esa necesidad i ese deber imprescindible de la humanidad, alegres i felices abandonan patria, familia, amigos, honores, placeres, riquezas i todas las afeciones mas íntimas del corazon i corren a sepultarse entre los desnudos muros de ignoradas i solitarias celdas. ¡Almas puras, almas escojidas, almas heróicas que no trepidan en ofrecerse como víctimas expiatorias, realizando un sacrificio precioso, un holocausto sublime!

I, sin embargo, ¿sabeis cómo paga el mundo la magnanimidad de aquellas almas? Creo que no necesito repetirlo, pues mil veces habreis oido las necias e incesantes acusaciones i las mil i una protestas que cada dia i, sobre todo, en la actualidad se formulan en contra de la vida relijiosa. Pero ¿quiénes son sus impugnadores? ¿quiénes sus acusadores? Fácil es conocerlo: son hombres, en cuyos corazones, si no se ha extinguido del todo la fé, esta se ha debilitado de tal manera, que no es maravilla que no entiendan i que por lo tanto combatan un estado de vida que descansa sobre principios de fé realmente superiores a la naturaleza. ¿Cómo quereis hablar a tales hombres de sacrificio, de abnegacion, de pobreza voluntaria, de obediencia, de castidad, de penitencia, de oracion, si arrastrados por el torbellino de sus pasiones i entregados del todo a la vida animal, no tienen la menor idea i quizás hasta niegan la existencia de la vida del espíritu, de la vida del alma? Por eso es que gritan i se enfurecen, puesto que ven un reproche constante i una condenacion explícita de su conducta i de sus acciones, en la conducta i en las acciones de los que, mas felices que ellos, ejercitan la vida sobrenatural de la gracia, practicando la perfeccion que el mismo Jesucristo enseñó. (1)

I, ahora, pregunto ¿habrá alguién que se atreva a condenar, a combatir i a desaprobare lo que el mismo Dios ha establecido? Claro es que nó; i, entónces, ¿porqué se combate, porqué se desaprueba, porqué se condena la vida relijiosa? Yo os lo diré: los que tal hacen son arrastrados por una pasion vil i cobarde: por la envidia, por el odio que profesan a la Iglesia, por el odio que han jurado a todo lo que es santo i bueno, a todo lo que no está a nivel de la bajeza i mezquindad de sus almas. Pues bien, contra sus acusaciones, contra sus calumnias e inacabables men-

(1) Nadie, me parece, pondrá en duda esto último, pues patente está la divinidad de las instituciones relijiosas como que el mismo Jesucristo solo nos señaló dos caminos para llegar al cielo: "Si quieres entrar en la vida eterna, cumple los mandamientos," dijo. *Si vis ad vitam ingredi, serva mandata.* I esto es de necesidad absoluta, i, luego, añadió: "Si quieres ser perfecto, vé i vende cuanto tienes; dáselo a los pobres; ven i sígueme." *Si vis perfectus esse, vade, vende omnia quæ habes, et da pauperibus, et veni, et sequere me.* I con esto, dándonos un consejo, nos señaló un medio seguro para alcanzar el Sumo Bien.

tiras, yo presentaré la historia i ella con su elocuencia i su lójica de fierro se encargará de rebatirlos.

¿Qué nos dice la historia en cada una de sus pájinas? Lo que está en la conciencia de todos, i es que los institutos relijiosos han sido los mas grandes bienhechores de la humanidad: ellos albergaron en sus monasterios la civilizacion; ellos salvaron las ciencias, las letras i las artes de la antigüedad i, mas que todo, ellos salvaron la relijion, la piedad i la virtud. Los monumentos del pasado i la infinidad de abadías, conventos, iglesias, ermitas i colejos que ellos han sembrado i esparcido por el mundo, atestiguan su grandeza, sus trabajos i sus beneficios, al mismo tiempo que pregonan el poderoso influjo que ejercieron en la sociedad dirijiéndola, vivificándola i constituyéndola siempre i en todas partes. I, a la verdad ¿quiénes mejor que esos hombres podian encargarse de tan difícil mision; ellos que consagrados a la soledad i encadenados al pié de los altares, habian abdicado en esos mismos altares todas las pasiones del mundo; ellos que entregados exclusivamente al trabajo i al estudio conocian mejor que nadie las miserias i debilidades del corazon i podian, por tanto, mejor que ningun otro tener aquella paciencia, aquella ternura, aquel amor que se requiere para reprender, alentar, consolar i dirijir? . . . Por eso es que apesar de las mas horribles i deshechas tempestades, ellos, los amantes de la soledad i de la oracion, han sabido vivir, han sabido luchar i han sabido vencer. A las privaciones i sufrimientos, oponian la esperanza; a los incesantes i furiosos ataques del error, la fé; i a las amenazas i persecuciones, la caridad; i esa fé, esa esperanza i esa caridad formando como una barrera indestructible en torno de ellos, hizo de sus claustros reductos inexpugnables contra los cuales las olas de las pasiones humanas han ido a estrellarse, romperse i despedazarse, pero sin poder jamas sumerjirlos.

Los siglos se han ido amontonando, las jeneraciones, unas en pos de otras, han ido desapareciendo i, sin embargo, al traves de la ruina de los imperios, de la devastacion de las naciones i del polvo de los años, todavía se alza majestuosa i grande la memoria de esos hombres i el recuerdo imperecedero de sus trabajos, de su poder i de sus beneficios.

Ellos aunque no buscaban la gloria ni los aplausos i huian léjos del mundo, el mundo sin embargo los ensalzaba i glorificaba corriendo al encuentro de esos hombres, inspirándose en su espíritu, bebiendo sus enseñanzas i practicando sus doctrinas. Alarmados los reyes i las potestades se aunan entónces para despojarlos i proscribirlos. Inútil empeño: ellos vuelven a aparecer. Se les persigue, se les encarcela, se les destruye: no importa, otros i otros resucitan de sus cenizas i la Iglesia, rodeada de sus órdenes relijiosas como de otros tantos baluartes, sigue triunfante i victoriosa una marcha que no han podido contrarrestar ni contrarrestarán jamas las potestades de la tierra ni del infierno.

Hé aquí, señores, lo que nos dice la historia del pasado i hé aquí lo que estamos viendo i palpando hoi dia que tantos esfuerzos se hacen para destruir esas órdenes relijiosas que durante tantos siglos han sido el mas firme sosten de la Iglesia, el broquel contra el que han ido a estrellarse las envenenadas saetas de la impiedad, el ejército activo i permanente opuesto sin cesar a los avances del error, el tesoro inagotable de donde han brotado los mas brillantes ejemplos de santidad, de valor i de saber i el foco luminoso de donde han partido los misioneros mas intrépidos i los mas infatigables propagadores del Evangelio. Esto dice la historia, i esto cantan i publican los mendigos que, con sus harapos, acuden a la puerta de los monasterios a recojer el pan que les regala la caridad; los huérfanos que, con su desnudez, se apresuran a buscar un asilo seguro; los caminantes que corren a guarecerse en sus hospitalarios techos; los enfermos que solicitan i encuentran el alivio de sus dolencias; los infelices desheredados que hallan el amigo, el hermano, el padre que no tienen i, en fin, hé aquí lo que cantan i publican hasta los mismos i mas encarnizados enemigos de las órdenes relijiosas.

En efecto ¡cuántas veces, muchos de esos hombres que con tanta temeridad condenan lo que no conocen, cuántas veces, digo, aflijidos, apesadumbrados, con el alma lacerada por el dolor i con la frente humillada quizás por la vergüenza i el remordimiento, habrán dirigido sus pasos hacia esos solitarios claustros! ¡Ah! talvez, no atreviéndose a presentar a la luz del dia en aquellas casas santas que tanto han calumniado o por temor de ser vistos por los compañeros i aplaudidores de sus blasfemias, talvez han esperado que la noche los envolviera con sus sombras, i, en aquella hora en que el crepúsculo va perdiéndose i borrando a medida que las estrellas van apareciendo en el cielo, en aquella hora misteriosa en que la campana triste i lúgubre recuerda a los vivientes que es preciso rogar por los que ya han abandonado el mundo, en aquella hora, vagando como fantasmas por los desiertos corredores donde solo se oye el apagado eco de sus pisadas, temerosos, irresolutos, se han llegado a llamar a la puerta de alguna celda La puerta se ha abierto, i un sacerdote en cuyos ojos brilla la bondad, en cuyo semblante se retrata el mas dulce bienestar, un sacerdote cubierto con un tosco sayal i encorvado quizás por el peso de las austeridades i de los años:—“¡Entrad, hijos míos, les ha dicho, entrad i que la paz del Señor os acompañe!” I aquellos hombres, con los ojos empapados en llanto i ahogados sus pechos por los sollozos i los suspiros, han caido de rodillas i, abriendo sus corazones i ensanchando sus almas, han pedido perdon al Dios que han ofendido ¡Ah! que venga ahora la impiedad i que llena de impotente rabia se ensañe, grite, i maldiga, no por eso será ménos cierto que es grande, magnífica i divina una relijion que tiene en su seno instituciones tan benéficas i que tantos consuelos han derramado i derraman en el mundo.

¡Oh santos albergues abiertos para la inocencia i para el arrepentimiento, cuán elocuente son vuestras desnudas murallas, vuestras escondidas celdas i vuestro mismo lúgubre i triste aspecto: el viento que jime entre las viejas arquerías, el ave que canta en la palma solitaria, la fuente que murmura en el florido huertecillo, la campana que vibra en la blanca torre, el órgano que retiembla bajo las encumbradas bóvedas i todas aquellas mil i misteriosas armonías que nacen i viven en vuestros silenciosos i solitarios claustros, cantan, bendicen, ensalzan i glorifican el nombre de Dios!

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

Siempre jirando en su vaiven eterno,
Vertiendo siempre congojoso llanto,
Sale del hondo infierno
El tétrico dolor, envuelto en manto
De rotas ilusiones, que en la tumba
Él arrojó, del negro desengaño.
I tras él se derrumba
Cuanto las auras del placer mecieron;
Como en cortejo extraño,
Los siglos ruedan, en tropel, veloces,
I, esperanzas efímeras, murieron
Cuantos soñó el mortal mezquinos goces.

Del huérfano el jemido
A los ayes se mezcla del que mira
Muerta su dicha, su afanar perdido;
En vano uno suspira
Su agostada grandeza i sus honores,
Fugaz, vuela, el suspiro a confundirse
Con la postrera lágrima que vierte
Aquel que aguarda la inflexible muerte.

La humanidad en tanto
Entre sollozos tímidos eleva
Su balbuciente voz: “¿Será que nunca,
Dice, en las alas del pesar traída,

Vea al amor que en mi ánimo renueva
El jérmen misterioso de la vida?
¿Todo es luto do quiera? ¿con qué el mundo
Se ha de ver para siempre
Al carro del dolor encadenado?
¿I en letargo profundo
Me adormiré indolente
Mientras circunda el mal mi triste frente?
La amiga paz no posa
Ya en la tierra su planta, rauda cruza
Por el aire, i medrosa,
Que en la fragua del odio pavorosa
La discordia infernal su espada aguza.
Allá ¿no veis a la miseria triste
De asqueroso vestido mal cubierta,
Que a la injuria del tiempo no resiste?
Vedla cual tiende su huesosa mano,
Asilo i proteccion buscando incierta
I proteccion i asilo busca en vano.

Dios mio, Dios piadoso,
Rueda al abismo incontrastable el mundo;
Detenga vuestro brazo poderoso
Su incesante correr, la faz serena
Mostradme una vez sola, i tras el velo
Que a tinieblas luctuosas me condena,
Fulgor de dicha alumbrará en el suelo.”

I era así: que abatida i humillada
Por tinieblas densísimas cubierta,
Sin luz la humanidad entre dolores
Vagaba lenta i pesarosa e incierta.

Mas Dios la oyó: i arrebatado el viento,
Murmuraba do quiera,
Poblando de armonías la ancha esfera:
Guardad por siempre el angustiado acento
Mortales, la infinita
Providencia acojió vuestro lamento
I un ángel bienhechor la tierra habita.
¿Quién era? El eco
Retumba con su nombre
Del macilento ocaso al rubio oriente:
“¡Gloria, sonando, al bienhechor del hombre!
¡Gloria al hijo de Dios! gloria a Vicente!”

Viérais entónces apacible coro

De ánjeles que dejaron olvidadas
Las niveas alas i las arpas de oro,
Cruzar, sonriendo, los ignotos mares,
Hollar, cantando, la rejion vacía
Del polo; i cual ardientes luminares
Hasta el hielo entibiar de la agonía.
Al que a la aciaga duda se convierte
I en el halago del error se encanta
Le descubren la luz. . . . No de otra suerte
La siempre amable, soberana aurora
En el salobre mar, con rósea planta
Hunde a la noche, imájen de la muerte.

Vírjenes inmortales, voraz fuego
En su sagrario·fiel mi pecho esconde,
Armónica se mece
La inspiracion en mi alma, al aire entrego
La voz que a mis afectos no responde
I entre mis labios trémulo fenece.
Rompa el viento mi voz. ¡Oh! cuánto, cuánto,
Diria en loor vuestro!
Mas ¡ai! que veo el resplandor siniestro
De la rojiza tea
Que la impiedad levanta,
I ya la brisa que mi frente orea
Jemidos trae que mi gozo rompen
I embarga mi cantar doliente idea!

¿Por qué odio tanto? Os ví en frágil madero,
Como visiones plácidas, surcando
El ponto bramador, largo reguero
De gratitud i bendicion dejando.
Os admiré mil veces
Junto al funéreo lecho
Del moribundo, en doloridas preces
Clamar a Dios, en tanto que espantosa
Cerca estaba la muerte ya en acecho,
Honda quizas la cineraria fosa;
Mas vuestro ruego la eternal balanza
Inclinó hácia la vida,
¡Cuánto puedes oh anjélica esperanza,
De la fé por el astro conducida!

Yo he visto palpitando
De inefable placer, sujir radiante
De entre efluvios de luz, la blanca luna,
El sueño de la tierra acariciando,

Al calor de su disco vacilante:
Pero hallo mas fulgor en vuestras sienes,
Cuando inclinadas a la humilde cuna
Al huérfano arrullais entre canciones
Que talvez halagaron vuestra infancia
I hacen nacer las bellas ilusiones,
Como el sol en las rosas la fragancia.

Dadme los que llorais guirnaldas bellas
De inmarchitables azucenas, dadme
Las galas todas del jardin, con ellas

Ornemos a porfía

Sus sienes virjinales:

Tiemble la hueste de ominosos males
Que circunda a la torpe tiranía....
¡Ya lucirá de la venganza el dia!

Cese vuestro clamor, tended la vista,
La desmayada vista por la tierra
¿Tanto acerbo alarido no os aterra?
¿Tanta congoja i llanto no os contrista?

Do quier un hombre alienta,
Lágrimas vierten sus cansados ojos;
Por sus jemidos sus instantes cuenta....
¡Somos ¡ai! del dolor tristes despojos!

¡Dolor, dolor! atmósfera abrasada
En que el alma respira,
Tu peso encorva a la vejez helada
I una ilusion te juzga, una mentira,
La juventud que férvida delira.
En todas partes el dolor i en todas
Esas hijas de Dios; do quier ondea
Su amiga veste, símbolo sagrado
De caridad i amor: entre el tumulto
De fragosa pelea,
De la desgracia en el revuelto oceáno;
Siempre rindiendo a Dios ferviente culto,
Siempre tendiendo al hombre amiga mano.

¿La veis? La primavera
Bañó en rosa i carmin su faz de nieve,
Sobre todos fugaz, la edad lijera
Pasa, sobre ella sola,
Sobre ella el ala perezosa mueve.
Tambien el mundo le mostró su hechizo,
Tambien la alucinó el amor artero,



I alguna vez en seductores lazos
Flotó al aire, jentil, su blondo rizo:
Pero le hastió el halago lisonjero
Que la cercaba audaz, rasgó a pedazos
 Su espléndido vestido,
Léjos de sí arrojó la áurea diadema
Sembrada de diamantes i esmeraldas
 I cubrió sus espaldas
Con la toca i sayal de la indijencia....
¡No necesita el ángel la opulencia!

Al contemplar su alma
Do se refleja inmaculada i pura
Del Sumo Sér la providencia misma,
 Mi espíritu se abisma
 En célica ventura,
El alto cielo vislumbrar creyendo
Quizá al traves de misterioso prisma.

Castas hermanas de María, solo,
Solo un floron faltaba a vuestra gloria!
 ¡Ved! con perfidia i dolo
Mancillar quiere vuestro nombre augusto
De la impiedad la deleznable escoria,
 Mas esperad, el Justo,
El que a la inmensa Creacion preside,
Ya el hondo cerco del error nefario
Con su compas inalterable, mide.
No le valdrá la pestilente niebla
 Que le rodea, al crimen,
Ella será su lóbrego sudario.
Aura de amor que los espacios puebla,
Luz de verdad que el ámbito ilumina
De la tierra infeliz, serán entónces
Vuestros piadosos labios, la divina,
La dulce caridad grabará en bronces
Vuestras glorias do quier; i si álguien canta
No será en la arpa destemplada i rota
En que mi númen impotente jime,
Sino en aquélla celestial, que brota
Canto de bendicion, canto sublime.

FRANCISCO CONCHA CASTILLO.
